

EL UNICO

★ ★ DE TODOS Y DE NADIE ★ ★

PUBLICACION INDIVIDUALISTA

La Bandera de la Anarquía

En Egipto [cuna de los Faraones y de las leyendas bíblicas, perla del continente africano, cárcel secular de los hebreos, según refiere el viejo testamento, pero que, no obstante, elevó á la categoría de primeros ministros á varios israelitas, como el casto José y Moisés], fertiliza las comarcas el más notable de los ríos, la sagrada corriente del Nilo, que compartió con el Ganges los honores de la divinidad.

Las inundaciones periódicas de esta vena del globo, regulan eternamente la producción y cosechas del país, modelo en la historia antigua, cuyas pirámides—sepulcro de reyes—son los vestigios de la grandeza que disfrutó. Allí, religiones extrañas, templos maravillosos, ciudades de cien puertas, dioses innumerables y filósofos sapientísimos. Allí fué inventada la geometría y la astronomía. Allí el Sesostris de la biblia—Ramsés histórico—brilló, con otros Faraones, desde las alturas de un poder, una subiduría y una magestad excelsa, como padre amoroso y legislador prudente de muchedumbres agraciadas hasta la adoración. Allí nacieron los mitos y poesías de la Grecia, con las artes y ciencias que después inmortalizaron á los helenos.

Habita en las aguas del Nilo, y en las playas de sus riberas deposita los huevos de su fecundación un terrible animal, el cocodrilo, saurio monstruoso, semejo de lagarto, provisto de una ferocidad y armas que aterran. También la locura teológica, igual en todos los siglos, hizo Dios y elevó templos á esa fiera. Y cuéntase que, entre otras de sus perversas mañas, usa la de llorar como recién nacido sobre los restos de las personas que devora, para que los incautos acudan al sitio y devorarlos á su vez.

La anécdota y el monstruo, son la pintura exacta de otro reptil deforme y cruel; reptil no clasificado por la zoología, pero más sanguinario y bestial que el del Nilo. Existió, embrionario, desde que hay humanidad, pues de ella se nutre, pero no obtuvo desarrollo ni alcanzó plenitud hasta el pasado siglo, cuando la Revolución francesa, entre heroes y asombros, produjo, también, horrores: ninguno tan grande como el ser de que tratamos... el burgués.

Este parásito insaciable, resumen de todas las vilezas e hipocresías, es el cocodrilo voraz de los pueblos que, con tiernos quejidos, llora sobre sus víctimas para seducir otras nuevas. Dueños de los gobiernos, de la religión, de las armas, de la magistratura y del trabajo; señor absoluto de toda la mecánica social, incluso la ciencia, nada se mueve ni respira sin su consentimiento, convirtiendo a la especie humana en enjambre de autómatas movido por la omnipotente voluntad de unos cuantos banqueros y propietarios. Estos [de raza judía, en su mayor parte], constituyen la funesta corporación llamada burgueses, alto capital y elevada clase. Estos han suplido á los antiguos despotas, ora se llamen reyes ó pontífices, aunque en el día un reo tronado y un Papa sin billetes de banco, son la última palabra del credo. Estos burgueses son los dueños de la iglesia sociedad y celebran sus concilios en la sacristía de la diplomacia, especie de religión moderna que tiene por clero á los más altos dignatarios de las potencias y por culto el oro. En esta religión se cotiza en vez de rezar y sus divinos misterios son las operaciones de Bolsa. Para su mayor honra y gloria, todos los medios son buenos: cualquier infamia se convierte en nobleza, si, según los casos, contribuye á alzar ó bajar los fondos. Y la pobre humanidad, desunida por el cúmulo de fanatismos y errores de que el tremendo cocodrilo consiguió rodearla, tiene que apelar, de vez en cuando, al supremo recurso de las revoluciones, aunque solo le sirvan para restablecer, momentáneamente, el equilibrio de la justicia. Más, aun así, surge otro gran dolor. Apercebido el capital gobernante de que las iras populares van á unir á las diversas gentes, aviva, con astucia y precipitación,

pesados rencores, pone en juego el telégrafo y los hábiles escritos de las cancillerías, prepara la discordia y, cuando parece que los lazos de la simpatía ó fraternidad universal acercan la hora del progreso, entonces, truena el cañon y una espantoso sangría proletaria viene á dejar aniquilado y agonizante el cuerpo social.

• A los banqueros no les asustan las batallas. No peligran en ellas ni les causan otro cuidado que el azar de un negocio, á estilo de juego de ajedrez ó distracción topográfica en que se interesan con el riesgo de perder poco ó de ganar muchos millones. ¡Que se destruyó el ejército y su nación quedó vendida y esclavizada...! El dinero siempre se salva, y con él se compra la libertad é independencia! ¡Qué se varía la carta geográfica de su reino ó continente! ¡Bah! mientras el sagrado principio de propiedad individual no se anule, poco importa pagar la misma ó menor contribución al que venza, sea ruso ó alemán, moro ó cristiano!

La religión y la patria de la burguesía, es así: perdiendo gana y ganando vuelve á ganar. Las heridas que recibe en sus arcas se restañan explotando doble al infeliz trabajador. Alza un estandarte, lo declara símbolo de nobles ideas, y de grado ó por fuerza, junta bajo sus pliegues numerosos batallones dispuestos á morir. En otro país realiza lo propio, con distinta bandera. Y así dispuestas las masas de ciegos con vistas, se lanzan al combate, donde la metralla disminuye toda la carne de pueblo considerada sobrante. Después de la hecatombe, se rezan *Te Deums*, clama la prensa, meditan los filósofos y el cocodrilo burguesía, que estuvo en la montaña tranquilamente, presenciando sin riesgo las espantosas peripecias de la lucha, vuelve á hacer preparativos para que se repita la cruel tragedia dentro de un mes, de un año ó de un siglo.

Parece que Europa se halla, hoy, al borde del tremendo conflicto.

Aunque al Principe de Gales (protestante) se le haya recibido bajo palio católico cuando visitó la Catedral de Toledo; aunque el baron Roschildt (judío) regale al Sumo Pontífice romano algunos miles de duros, en las bodas de oro; aunque el Emperador alemán sea nieto de la reina de Inglaterra, pariente de la de España y Augusto primo de las demás testas coronadas, aunque Francia represente lo más avanzado del progreso moderno y Rusia lo más reaccionario, siendo sus jefes de religión y política diversas, pero que ello no ha obstado para aliarse; aunque las corrientes de la civilización lleven á la paz y concierto de los pueblos; á pesar de todo eso, se condensan las nubes, se extrema la farsa, se teme á los trabajadores; y antes que la justicia de la Revolución, el alto capital quiere la guerra.

Esta durará poco. La ciencia de la destrucción apurará todos los recursos, y van á saltar por el aire, despedazados, castillos, fortificaciones, buques y ejércitos, porque la dinamita, empleada por los gobiernos, es legal y rápida. Después... el diluvio.

El *statu quo* va á morir. Solo por eso, cabe consolar nos de la pérdida probable de un millón de hombres, ya que todavía quedaremos los suficientes para encadenar al cocodrilo, domesticarlo en la liquidación, y obligarle á ser bueno persona.

Para llegar á este ansiado fin, es preciso ondear bandera propia, explicando antes lo que significa y producen las de la burguesía reaccionaria y liberal.

Mientras han imperado las últimas, cúpole al trabajador la desdicha la suerte de caminar, siempre de rodillas, en demanda de faena. Pero desde el momento en que formando invencible ejército, quieran ser felices y regenerar la Sociedad, el trabajo irá en busca del obrero, desapareciendo la competencia y sus males infinitos.

M. L. J.